

EL COMPROMISO DEL DOCENTE UNIVERSITARIO

Gian Battista Fausto Bolis¹

PREMISA

Para saber cuál es el compromiso de alguien hay que saber quién es el sujeto del compromiso, cuál es su naturaleza y por lo tanto su finalidad. A efecto de nuestra conversación es oportuno cita el principio aristotélico-tomista *agere sequitur esse*, en otros términos hay una relación profunda entre el ser de una cosa y su actuar y fundamentalmente el actuar depende de la naturaleza del ser.

Eso nos conduce a afirmar que para desarrollar la reflexión que nos ha sido encomendada para hoy, debemos interrogarnos principalmente acerca del significado de dos de las palabras que componen el tema de nuestro discurrir: universidad y docente.

EL DOCENTE

Comencemos por la segunda palabra: docente.

Nos socorre en nuestra tarea la etimología, al momento de tratar de definir qué significa ser docente.

La palabra docente en castellano deriva del participio presente del verbo latino *docere*, de allí viene el término *docens-docentis*. Docente tiene su correspondiente fonético en el verbo griego *dokéin* que significa opinar. Ambos verbos, el latino *docere* y el griego *dokéin* tienen su raíz en el sánscrito *dek* o *diç* que significa indicar y en otras lenguas indoeuropeas se traduce como pensamiento o

1 Investigador de nacionalidad italiana. Doctor en Filosofía. Docente de la Universidad Católica Sedes Sapientiae. Esta conferencia fue sustentada en la UPAO el 11 de julio de 2017.

aceptación. De la misma raíz viene la expresión de la lengua *zend*, *dash-sh* que significa enseñar y el latín *discere* que quiere decir aprender, o el verbo latino *dicere* que significa decir.

Del mismo modo de esta raíz, y es muy sugestivo por lo que atañe a nuestra conversación, viene el verbo latino impersonal *decet* que significa ser apropiado y del cual viene la palabra española *decente*. Igualmente de la misma raíz viene el latín *dignus* con sus derivados al español: *dignidad*, *dignarse*, *dignatario*, etc.

Todo esto es solo para decir la profunda riqueza que contiene en sus orígenes la palabra *docente* y anotar la sugestiva relación que tiene con *decente*.

Este excursus etimológico nos sirve para darnos cuenta que sintéticamente la palabra *docente* designa a aquel que enseña, indica, opina.

Sería interesante continuar este análisis profundizando sobre la palabra enseñar que en ambiente cristiano tardío romano y medieval tomó la delantera en el uso sobre la palabra *docere*, pero aquí es suficiente observar que deriva del latín *insignare*, palabra compuesta por el sufijo *in* y el verbo *signare*, con el significado de marcar, imprimir el signum, es decir la marca o sello. Esto subraya que la actividad de enseñar no solo es transmisión de conocimiento, sino más profundamente dejar en el discípulo una huella, que trasciende la pura transmisión de nociones.

LA UNIVERSIDAD

Evidentemente, hay compromisos particulares implicados en el hecho de ser docente universitario y que requieren profundizar el significado mismo de la universidad.

Hablar de universidad es referirse a una galaxia enorme y de una historia milenaria. Hoy por lo tanto es oportuno reflexionar principalmente sobre qué tipo de universidad es aquella que queremos, cuál es el modelo, el ideal de universidad que necesitan nuestros jóvenes, los mismos profesores y

finalmente nuestro país.

Existen diferentes modelos de universidad, que fundamentalmente dependen de la visión antropológica que se tenga.

Pueden existir, por lo tanto, universidades que tengan por misión formar los futuros técnicos que el mercado necesite, o los funcionarios que necesite un determinado régimen. Hay universidades que están más preocupadas de su posicionamiento en los rankings, que del desarrollo del propio país, o de las ganancias de sus dueños que de la buena formación de sus jóvenes.

Podría ser interesante abrir un debate al interior de nuestras universidades y del país para interrogarnos acerca de qué universidad es aquella que necesita el Perú de hoy y de mañana.

Afortunadamente, esta discusión no es necesaria ahora y aquí porque comparto la idea de universidad que la UPAO presenta en su visión y misión, en su propuesta de valores y en su filosofía institucional; así que juntos creo suscribimos un modelo de universidad con alto espíritu científico y humanístico. *Scientia et humanitas*, como dice su escudo. En su misión y visión la UPAO establece el propósito de "formar profesionales con valores", hace referencia al legado de Antenor Orrego y a su compromiso social con el país, que constituye una inspiración para toda la comunidad universitaria.

Además la UPAO afirma que quiere contribuir al desarrollo de su entorno a través del conocimiento científico y el pensamiento humanístico, y en su filosofía habla de integración latinoamericana, desarrollo sostenible, mejoramiento de la calidad de vida, dignidad humana, defensa de la libertad, uso responsable de la libertad, etc. Así que todo esto podría bastar para definir cuál debe ser hoy el compromiso del docente universitario de la UPAO, y mi charla podría resultar pleonástica.

De todos modos, esta conversación podrá no resultar inútil si nos ayudara a recordar algo que todos en algún momento hemos reconocido como verdadero, hemos deseado, o por lo menos, intuido

como necesario.

EL COMPROMISO DEL DOCENTE UNIVERSITARIO HOY

Evidentemente no tengo ninguna autoridad para darles indicaciones y lo que voy a comunicarles simplemente son reflexiones en mi calidad de colega de otra universidad.

La primera constatación que emerge es que ser docente de esta casa de estudios no puede concebirse como un puro transmisor de contenidos, sino está llamado a ser también un maestro. Antenor Orrego lo dice enfáticamente en un discurso con ocasión de la apertura del año académico de 1947 en la Universidad Nacional de Trujillo de la cual era entonces rector: *"Catedrático que se contenta con ser simplemente un profesor y alumno que solamente aspira a alcanzar el resultado satisfactorio de sus pruebas finales, no son precisamente los factores que crean el vibrante espíritu institucional de una universidad. El profesor debe ser a la vez maestro y el alumno debe alcanzar la categoría de discípulo"*. (Debo esta cita y otras que me voy a permitir de Antenor Orrego a un artículo del Dr. Elmer Robles Ortiz, publicado en 2009 en la "Revista Historia de la Educación Latinoamericana", publicado por la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia).

Esta afirmación tiene un peso enorme en el campo teórico y práctico al mismo tiempo. En el campo teórico esto significa que el docente-maestro está llamado a ser educador. Lo afirmaba también Haya de la Torre en los años treinta cuando sostenía que *"no se educa solo enseñando a leer y escribir, porque el conocimiento es en sí un instrumento que puede servir para el bien o para el mal, para la explotación o para la libertad"*, y sostenía la necesidad de "educar para la libertad".

En este contexto resulta esencial comprender qué significa auténticamente educar. Un teólogo alemán, Jungmann, en una obra de 1939, definió la educación como *introducción a la realidad*

total, expresión que otro gran educador europeo, Luigi Giussani, ha hecho famosa, porque a partir de aquella desarrolla las reflexiones educativas de su obra "El riesgo de educar", publicada por primera vez en Italia en 1977 y traducida después a numerosos idiomas. (La última edición en Perú es del 2006). Se trata de una obra que ha inspirado la labor de decenas de miles de docentes a lo largo de los cinco continentes.

INTRODUCCIÓN A LA EDUCACIÓN COMO REALIDAD TOTAL

Es sugestiva esta definición y si uno trata de ensimismarse con la realidad de Trujillo de los años en que se gestaron los ideales de Antenor Orrego, Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo y otros, inmediatamente respira las dimensiones de esta tarea: educar como introducción a la realidad total. Es de nuevo Antenor Orrego que nos provoca cuando afirma *"antes de formar académicos necesitamos que se formen hombres, hombres de espíritu robusto que reaccionen contra la mezquina realidad circundante, que tengan un pensamiento, una ideología, una sensibilidad, ante los más perentorios y urgentes problemas nacionales y humanos"*.

El autor italiano que acabamos de citar, Luigi Giussani, pero apoyándose en una observación de Carl Gustav Jung (el gran psiquiatra suizo) completa la definición enfatizando que introducir a la realidad total no es posible sin ofrecer al joven una hipótesis de significado de la realidad. Jung había observado que la realidad no se afirma nunca verdaderamente si no se afirma la existencia de su significado.

Detengámonos un instante en pensar en las consecuencias de estas afirmaciones en nuestro trabajo docente. Fijemos las palabras, una por una,

para no perder el peso (en sentido de *pondus*) que las caracteriza.

En realidad, todas nuestras disciplinas tienden a esto; introducir al estudiante a comprender los aspectos de la realidad propios de cada disciplina. Cada disciplina de alguna forma constituye una totalidad (en el sentido que tiene confines propios) y al mismo tiempo no toda la realidad. Cada uno de nosotros piense en la disciplina que cultiva: literatura, física, medicina, historia, química...

¿Acaso no es verdad que cada uno de nosotros se ha especializado en un aspecto de la realidad a preferencia de otro? Y ¿no es verdad que al mismo tiempo, continuamente, a medida que profundiza sus estudios se siente provocado a indagar más allá de lo que sabe y a entrar en contacto con otros aspectos de su disciplina primero, y luego de otras disciplinas (basta pensar cuanta énfasis en el mundo se da a las investigaciones multidisciplinarias).

Un notable filósofo e historiador de la ciencia del siglo pasado, Alexander Koyré, ha definido la ciencia, tomando a préstamo una expresión medieval referida a Dios, como *itinerarium mentis in veritatem*, indicando que el investigador es un caminante en una región de la cual nunca podrá descubrir todos los rincones: la verdad.

Por eso no se puede separar la palabra realidad de la palabra totalidad, y esto por el momento podría bastarnos aunque tendríamos que decir que las palabras realidad, totalidad y verdad a bien mirar terminan para ser sinónimos. Es lo que planteó Tomás de Aquino con la definición *veritas est adequatio intellectus et rei*.

A este punto alguien de nosotros podría decir "todo esto es pura teoría". Y es verdad esto es *theoría* (en el sentido de los griegos: búsqueda de la verdad), pero no es teórico en el sentido vulgar

de la palabra que lo hace coincidir con abstracto, contrapuesto a práctico y por lo tanto inútil. Todo lo contrario lo que estoy intentando decir tiene consecuencias prácticas muy fecundas, en la didáctica, en la formación de las mallas curriculares, en las tareas que asignamos a los alumnos, en la valoración social de las carreras, e introduce un profundo respeto por toda disciplina y una valoración de todas las profesiones.

A este propósito para quien tenga un poco de tiempo y no la haya hecho ya sugiero la lectura de la obra "La idea de una universidad" de John Henry Newman, en la que desarrolla el tema de la universidad como el lugar del saber universal. Él usa el término de educación liberal (que nada tiene que ver con el liberalismo, más bien se podría traducir hoy con educación integral) retomándolo de Aristóteles y contraponiéndolo a servil y afirma que la verdadera misión de la universidad consiste en la formación del intelecto: "*la universidad educa el intelecto para que razone bien en todos los temas, para que tienda hacia la verdad y la asimile*". En otro paso habla de hábito filosófico y dice que el fin de la auténtica educación universitaria es "*formar un hábito de la mente que dura toda la vida y cuyas características son la libertad, el sentido de la justicia, serenidad, moderación y sabiduría*". No estamos para nada lejos de los valores de los cuales habla la visión y misión de la UPAO.

Pero para hacer esto significa tener y ofrecer al joven no solo nociones sino una hipótesis de significado de la realidad. No existe enseñanza que no sea ofrecimiento de una hipótesis de significado, no existe enseñanza neutral, esta es una falacia muy peligrosa sobre todo por sus efectos en los jóvenes.

Pero ¡cuidado!, se trata de ofrecer un punto de vista cómo hipótesis, proponer, transmitir como propuesta para que el joven, o el colega en otros casos, la verifique (*verum facere*), la reconozca verdadera dentro la propia experiencia. Anterior Orrego lo dijo de forma sintética y admirable: "*La educación no es inculcar y modelar, la educación*

es revelar, conducir y ennoblecer. El alma humana es demasiado sagrada para que nadie tenga la pretensión de moldearla a su capricho".

Y en este trabajo de ofrecimiento y verificación está siempre en juego la libertad del docente y del alumno que como hemos visto deben tender a volverse maestro y discípulo. Es de nuevo Antenor Orrego que nos invita: *"Un maestro de verdad salva siempre el sentido y la dignidad de una vida. No son enseñanzas frías que nos da sino que nos entrega, junto con ellas, su propio corazón, nos fecunda con su ternura y nos redime para siempre de todo horrible mal"*. (Hablaban así de su maestro, del Colegio Seminario de San Carlos y San Marcelo, el padre Lalonde, en su libro "Mi encuentro con César Vallejo"). Y en otro paso anota *"quiero decir que la enseñanza no debe quedarse en la superficie del programa y en la epidermis del espíritu, sino que debe calar mucho más hondo, hasta construir verdaderas normas de vida y se quiere, en casos excepcionales, debe alcanzar el apostolado y la heroicidad"*.

En este contexto es evidente que el docente está llamado a enseñar no solo con sus nociones sino con su vida, con el testimonio de su vida. Haya de la Torre decía *"yo he sido y soy un ardoroso defensor de la necesidad de educar al pueblo, pero creo que para educar es preciso tener autoridad y dar ejemplo. Cuando la juventud presencia el espectáculo de un país desorganizado, desmoralizado y vendido, la juventud no puede aprender sino una lección de desesperanza"*; son palabras duras y en el mismo tiempo un gran desafío a nuestra tarea docente.

Ojalá que un día se pueda decir de cada uno de nosotros lo que Albert Camus en su obra póstuma "El primer hombre" dice de su maestro de primaria:

Con el señor Bernard la clase era siempre interesante por la sencilla razón que él amaba apasionadamente su trabajo... en la clase de él la escuela alimentaba (en los alumnos) el hambre más esencial para el hombre: el hambre de descubrir... en la clase del señor Bernard sentían por primera vez que existían y que eran

objeto de la alta consideración: se los juzgaba dignos de conocer el mundo. Más aun el maestro no se dedicaba solamente a enseñarles lo que le pagaban para que enseñara: los acogía con simplicidad en su vida personal, la vivía con ellos, les exponía sus propios puntos de vista...

No se puede, escuchando estas palabras, no pensar que entonces ser docente es una vocación y no sentir la desproporción que siempre existe entre el ideal y nuestras incoherencias. Por eso la tarea del docente-maestro nunca es una tarea de hombres aislados, sino de una comunidad educativa o si prefieren académica; así era el sentido de la universidad en su nacimiento hace mil años, así es el desafío para nuestras universidades hoy si quieren trascender.